ALARDO PRATS

CONVERSACION CON EL INSIGNE POETA DON ANTONIO MACHADO

Conversamos con don Antonio Machado en un viejo café. Sobre el diván de rojo «peluche» la figura del eximio poeta, con su «torpe aliño indumentario», entre una nube de humo de cigarrillos. Gimen en un rincón de la estancia viejas canciones un violín y un piano. Los espejos reflejan estampas románticas de novios que hablan en voz baja. Tamborilea la lluvia otoñal en los vidrios de los ventanales del establecimiento. En el círculo íntimo y casi familiar de su tertulia nos ha acogido nuestro gran poeta nacional con su cordialidad prócer. Nos ha otorgado el don magnífico de un diálogo sincopado de pausas graves y serenas.

Don Antonio Machado ha pronunciado estas palabras:

—¿Me habla usted de la crisis de la cultura en los tiempos actuales? ¿Existe realmente esta crisis? Cualquier contestación sería aventurada. No hay nada más difícil de ver y apreciar que el presente. Es más fácil hablar del porvenir y hasta profetizar sus rumbos. La visión y la apreciación de los acontecimientos requieren perspectiva, ya se proyecten hacia el pasado o hacia el futuro. Hoy, por ejemplo, creemos que vivimos una época trascendental en que los hombres y los pueblos se lanzan a acciones decisivas para la conquista de un futuro que reúna nuevas categorías de perfección para la humanidad, para la justicia, para la cultura. Esta ilusión y esta esperanza han conmovido a los hombres de todas las épocas. Quizá en todos los períodos de la Historia, los hombres que los han vivido hayan creído sus tiempos los más heroicos, los más decisivos, los mejor orientados. No es raro que esta creencia esté en los ánimos

de los hombres de nuestro tiempo. Sin embargo, es muy posible que la época actual no sea tan trascendental, ni el torbellino de acontecimientos que se desarrolla con el fluir de los días tan definitivo, para el futuro. A lo mejor, dentro de algunos años toda esta agitación, todo lo que ahora pasa, no tenga importancia alguna.

EL ARTISTA EN EL MEDIO ACTUAL

Formulamos a las palabras de nuestro ilustre interlocutor un reparo:

—Sus juicios sobre la época actual me parecen pronunciados *sub specie aeternitatis,* y con arreglo a tan elevado punto de mira, justos y exactos. Pero hay una actualidad ruidosa que acongoja y llena de pesadumbre a unos, que es acicate y forja de sueños y de acciones que corren tras estos sueños para otros.

Vemos desaparecer, como en rápida mutación escenográfica, del vasto escenario donde la humanidad se mueve cosas cuya supervivencia parecía ungida de esencia de eternidad. Se derrumban sistemas e ilusiones, instituciones y famas. Nacen y mueren, como quien dice, del alba al ocaso nuevos sistemas y nuevas ilusiones. La actualidad es un vértigo fragoroso y sin pausa, y no sólo en la política, en las artes, en la ciencia, en las normas morales, en las nuevas prácticas de convivencia social. El medio en que la vida del artista se desenvuelve, las angustias materiales, el rudo choque de los sueños con la dura realidad de nuestros tiempos, ¿no cree que influyen grandemente en su obra?

—Yo creo que tanto en circunstancias adversas como en prósperas, el artista que ha de hacer su obra la hace. El logro de ella está por encima de lo material, lo superficial y lo externo. Como hombre, el artista participa en toda época del resultado de las contingencias que en su seno hierven, se encrespan y estallan. En España, por ejemplo, en estos momentos, las cuestiones políticas, y más concretamente las sociales, a todos nos atañen tan directamente, que es imposible librarse de que nos preocupen.

La política todo lo invade; en todos los rincones vibra. Política y cultura pocas veces han ido unidas en España. Habría que aconsejar a los artistas y a los intelectuales que

se ocupasen menos de política y más de su arte o de las disciplinas que cultiven. Este consejo es difícil que sea atendido. A partir de la guerra mundial, una corriente de angustia conmueve los espíritus y confunde las mentes. Se ha apoderado del mundo entero una enorme desorientación.

—¿A qué atribuye esta desorientación?

—A la falta de ideas directoras, a las luchas políticas y sociales. La interferencia de lo que se ha considerado como puramente político con lo social ha dado ese tono bronco a las luchas, ese tono terrible. Antes, la política la hacían unos cuantos en quienes implícitamente, por dejación espontánea de derecho o por renuncia al mismo o porque tal derecho no existía, depositaban su confianza las gentes o sin confianza alguna dejaban éstos hacer y deshacer a una minoría de políticos profesionales.

LAS MASAS LO QUE DESEAN ES NO SER MASAS

—Ahora es evidente —señalo yo— el afán de la gran masa de actuar en política y de dirigir. Muy especialmente, ¿este afán no se observa en las masas proletarias?

—No es afán de dirigir; es que la clase proletaria reclama sus derechos. Dirigir el mundo, sólo lo dirigen la cultura y la inteligencia, y tanto una como la otra no pueden ser un privilegio de casta. A muchos aterra el movimiento del proletariado y hasta lo consideran como una oleada de barbarie que puede anegar la cultura. Creen que ésta, que es injusto patrimonio de pocos, desaparecería al dar pleno acceso a ella a las masas. Lo que hay en el fondo del movimiento de las masas trabajadoras es la aspiración a la perfección por medio de la cultura. Hay quienes consideran ésta como un caudal que, repartido, desaparecería rápidamente. Gran error. El caudal de la cultura se multiplicaría por el goce de ellas de las grandes masas. ¿Qué se logrará en cuanto la cultura deje de ser un privilegio de casta y las masas penetren en su zona de influencia? Pues lo que las masas buscan, no ser masas en el sentido que se da a este nombre, y lo conseguirían. Yo no soy marxista ni puedo creer, con el dogma marxista, que el elemento económico sea lo más importante de la vida; es éste un elemento importante, no el más importante; pero oponerse avara y

sórdidamente a que las masas entren en el dominio de la cultura y de lo que en justicia les corresponde, me parece un error que siempre dará funestos resultados. Que las masas entren en la cultura no creo que sea la degradación de la cultura, sino el crecimiento de un núcleo mayor de hombres que aspiran a la espiritualidad. Pero ¿cómo van a ser cultos esos bárbaros? —se oye decir—. Esos bárbaros lo que quieren es no ser bárbaros. Todo lo que se defiende como un privilegio generalmente son valores muertos.

Don Antonio Machado, a lo largo de nuestra conversación, ha insistido en su apreciación de que el artista, y especialmente el poeta, debe apartarse, en cuanto al cultivo de su arte, de la política.

—Sin embargo —hago observar—, en ocasiones el grito, la invectiva o la sátira de un poeta ha orientado una época.

—El poeta —dice don Antonio— pretende ocuparse de cosas no actuales, que son eternas, que quizá no existen; pero por lo menos son una ilusión de todos los tiempos. No creo yo que sean los poetas los que vean las cosas antes, sino después. Por ejemplo: con el Renacimiento, Galileo representaba un pensamiento original y audaz, y en cambio, el caballero Marino estaba entregado a la ardua tarea de imitar a los clásicos. En el plano de la política creo que el poeta jamás ha hecho nada; cuanto más, como Dante, la ha reflejado de un modo indirecto. La poesía jamás podrá tener un fin político, y en general, el arte. No puede haber un arte proletario ni un arte fascista. Las tentativas de Goebbels en Alemania para hacer un arte hitlerista, o las de Mussolini en Italia para poner el arte al servicio de su política, me parecen un error.

—¿Sólo un error?

—Dejémoslo en eso. En Rusia ocurre lo mismo. Todo lo que he leído de la literatura de la Rusia nueva es francamente superficial, y de ninguna manera se puede comparar con la producción de los viejos maestros rusos.

Los géneros literarios y los progresos técnicos

—De entre todos los géneros literarios, ¿cuál le parece a usted el más característico de nuestra época?

—Me parece que debiera ser la novela, a pesar de que

está un poco agotada. Se ha producido mucho. Para el teatro no está aún madura la vida social nueva. La novela puede tentar el porvenir; el teatro es más tardío. Refleja la sociedad, pero cuando ésta se desenvuelve en modos, costumbres y medio ambiente ya cuajado. El nuevo estado social apunta en distintos pueblos; pero no está, ni mucho menos, ni en los comienzos de su camino.

—¿Y el «cine»? ¿Lo considera usted arte?

—El «cine» no es un arte; es un medio didáctico maravilloso. Como vehículo de cultura es algo extraordinario. Como arte tiene hasta ahora un valor escaso. Yo creo que el «cine» perderá interés si sigue la tendencia de querer ser teatro.

—Con el progreso técnico y la extraordinaria mecanización de la vida y el tumulto confusionario de ideas múltiples y contradictorias, ¿no se van creando en el hombre de nuestro tiempo disposiciones diversas de ánimo y de apreciación que puedan ser consideradas como una tendencia en derechura a un cambio de sensibilidad?

Tenemos unas frases que aceptamos como buenas, y una de ellas es ésta de la sensibilidad y sus cambios. Un cambio de sensibilidad creo que no puede hacerse durante la vida de una especie animal. Cambian los sentimientos, no la sensibilidad. Y cambian aquéllos por la quiebra de valores viejos y nacimiento de nuevos. Los progresos técnicos, y por demás las ideas, no ahora, sino de siempre, van cambiando los sentimientos.

El sueño y la acción

—En una definición de prioridad de jerarquías, ¿qué situaría usted en primer lugar, el sueño o la acción?

—El culto de la acción no es concretamente de los tiempos actuales. Todo el siglo XIX es acción. Acaso el porvenir sea menos activista. El dogma de Goethe, «en el principio fue la acción», ejercerá menos influencia. Hoy tal vez la filosofía vuelve al platonismo, se vuelve a Platón. Además, el arte se ha intelectualizado considerablemente. La poesía de un Valéry es puramente intelectual.

—¿Cuál es, a su entender, la característica específica de nuestros tiempos?

—Yo no sé definirla. Quizá yo esté incapacitado para definir el presente. ¿Qué podrá ser esta característica? Es posible que haya ya o que surja algo imprevisto en lo que nadie haya reparado.

Terminamos hablando de España, de la penuria de la producción literaria actual, del desvío de la atención pública en cuanto pueda referirse a cuestiones de arte, de literatura, de poesía.

—La vida española —dice el insigne don Antonio— ha sido siempre muy beocia. Yo no creo que el ambiente de hoy sea de mayor incultura que el de hace veinte años, por ejemplo.

El Sol, 9 de noviembre de 1934.